

W. SOMERSET MAUGHAM

Servidumbre humana



Servidumbre humana (Of Human Bondage, 1915) fue calificada por los críticos de la época como «una de las novelas más importantes del siglo XX». El libro parece ser bastante autobiográfico (la tartamudez de Maugham se transforma en una deformación congénita de los pies de Philip Carey, el vicario de Whitestable se convierte en el vicario de Blackstable, y Philip Carey es un médico) no obstante el mismo Maugham insistió que se trataba de invención más que de realidad. En todo caso, la estrecha relación entre ficción y realidad fue una de las características de la obra de Maugham, a pesar de la obligada declaración legal sobre el hecho de que «los personajes [de ésta o aquella obra] son completamente imaginarios». En 1938 escribió: «Realidad y ficción están tan mezcladas en mi obra que ahora, echando una ojeada en ella, difícilmente puedo distinguir la una de la otra».

A través de su protagonista principal, Philip Carey, *Servidumbre humana* desgrana una historia de formación y sufrimiento abarcando diversas fases de la juventud y la sensualidad humana. Su orfandad, las humillaciones sufridas en la escuela a causa de su defecto físico en un pie —como en el caso de su autor, por la tartamudez— desarrollaron en Philip un carácter introspectivo y extremadamente sensible, al tiempo que se formó en él «... el más exquisito hábito humano: el de la lectura». Su rebeldía, plasmada en su descreimiento religioso y en sus ansias de aventura y libertad, provino de aquella falta de mayor cariño. En París vivirá infructuosamente el sueño de convertirse en artista; y las sucesivas etapas de su vida —los estudios de medicina en Londres, su desafortunada pasión por una mujer vulgar pero seductora, el hambre y la pobreza...— buscarán la respuesta al sentido de la existencia, a cuál debe ser la idea rectora que la guíe. Pero sólo en uno mismo está poder descubrirlo: vivir será tejer el tapiz del propio destino por la satisfac-

ción de llevar a cabo la obra; y al comprenderlo, el protagonista encontrará inesperadamente la paz.

Prólogo

Me parece un tanto absurdo escribir un prólogo para una novela ya de por sí muy larga; pero es el caso que, cuando se publica un libro escrito muchos años antes, los lectores desean siempre algo de este género con el fin de que estimule su apetito; en consecuencia, me he pasado varios días preguntándome qué podría decirles que los satisficiera.

Esta novela era en un principio más breve, y fue escrita entre los últimos meses de 1897 y los primeros de 1898. Se titulaba entonces, no sin cierta presunción, El temperamento artístico de Stephen Carey. La novela terminaba en el momento de alcanzar el protagonista los veinticuatro años, que era la edad que yo tenía cuando estampé la palabra «Fin». Le hacía partir para Ruán, ciudad que yo conocía por haberla visitado rápidamente, en plan de turista, en dos o tres ocasiones, y también para Heidelberg —lo mismo que en Servidumbre humana—, localidad esta última que conocía perfectamente; le hacía estudiar música —de la que no entendía entonces nada y hoy entiendo muy poco— y también pintura, materia de la que por lo menos en años sucesivos he conseguido comprender alguna cosa. Nunca me he sentido con el valor suficiente para releer el manuscrito de mi antigua novela, e ignoro si posee algún mérito. Fue rechazado por dos o tres editores porque, según ellos, el episodio de miss Wilkinson lo hacía poco apropiado para una casa editorial importante. Y cuando al fin encontré a un editor dispuesto a correr el riesgo de su publicación, no quiso entregarme las cien libras que a mí se me habían me-

tido entre ceja y ceja que debía obtener como mínimo por mi trabajo. En vista de ello guardé el manuscrito y no volví a pensar en él.

Pero, cosa extraña, no basta con escribir un libro para liberarse; es necesario también publicarlo; además, yo no podía olvidar las personas, los acontecimientos, los incidentes de que se componía el mío. En el curso de los diez años siguientes viví otras muchas experiencias y conocí a otras muchas personas. El libro continuó formándose solo en mi mente y muchos acontecimientos de mi vida encontraron sitio en él. Algunos de mis recuerdos eran tan insistentes que no podía deshacerme de ellos ni durante el sueño. Había llegado a ser un comediógrafo de discreta notoriedad. Ganaba bastante y los empresarios se apresuraban a contratar a los actores que habían de representar cada comedia mía antes de que yo hubiese terminado el último acto. Pero mis recuerdos no querían dejarme en paz. Llegaron a constituir tal tormento para mí que decidí abandonar el teatro mientras no pudiera liberarme de ellos. El libro me tuvo ocupado durante dos años. Me sentía desconcertado ante el volumen que iba adquiriendo, pero yo no escribía por gusto; escribía para librarme de una obsesión insoportable. Y conseguí mi objeto. Electivamente, después de haber corregido las pruebas, todos los fantasmas que me habían perseguido desaparecieron y ya no fui molestado más por los personajes y por los incidentes que les concernían. Ahora, al pensar en ellos —no he vuelto a leer ni una sola línea—, me costaría decir en qué parte del libro hay hechos reales y en cuál otra invención: qué parte describe acontecimientos que sucedieron realmente —a veces relatados con entera exactitud, a veces transformados por una ardiente imaginación— y en cuáles se narra lo que yo hubiera querido que sucediera.

El libro apareció en 1915. Hacía ya un año que la guerra había estallado y se suponía que el público estaba cansado de leer partes de guerra, crónicas de enviados especiales y

de artículos de estrategias de café, los cuales profetizaban que todo acabaría pasadas unas cuantas semanas. Una novela podía constituir un aliciente. En suma, mi libro fue acogido bastante bien. Recuerdo que los periódicos más importantes le prestaron una respetuosa atención, si bien manteniendo su entusiasmo dentro de límites razonables. El triunfo que había obtenido como escritor de comedias ligeras los predisponía a considerar con desconfianza un libro salido de mi pluma. Por otro lado mi libro apareció tarde en el mercado. El final de mi novela fue criticado severamente. Se dijo que el matrimonio feliz era una conclusión demasiado convencional; no se alcanzaba a comprender cómo podía yo admitir que mi protagonista, con su carácter inquieto y atormentado, encontrase la felicidad junto a una mujer tan mediocre. El público hubiera preferido que el protagonista se hubiese marchado solo por el mundo, en continua lucha contra el ambiente hostil. Pero yo no tenía hechos en qué fundarme. Las mujeres creen que el hombre desea que su vida transcurra en una compañía capaz de comprender todos sus modos de pensar; le ven, inspirado por ellas, lanzándose a conseguir las metas más nobles; se consideran como un estímulo espiritual para hacerle lograr las más altas ambiciones; encuentran razonable que deseen discutir los graves problemas del espíritu y que exista entre ellos el «Debe» y el «Haber» de dos intelectos iguales. Yo creo que ésa es la mujer ideal para muchos hombres, pero no para muchos escritores. El escritor tiene necesidad de paz y de amor, de paz y de comodidad, de paz y de distracción, de paz y de bondad. Y sus heroínas favoritas le ofrecen todo esto. Ciertamente que éstas parecen al extraño un poco tontas, y que pocas mujeres dejan de impacientarse, según creo, ante las dulces heroínas de Dickens, de Thackeray, de Anthony Trollope. Pero los escritores sienten gran aprecio por ellas. Becky Sharp es divertida, pero ellos prefieren vivir con la tierna Amelia. ¿Qué escritor ha creado jamás una criatura más adorable que la Fenitchka de Padres e hijos?

Servidumbre humana triunfó modestamente, pero no conmovió al mundo, y parecía estar condenada al mismo destino que la mayoría de las novelas, esto es, a caer pronto en el olvido. En América, sin embargo, corrió mejor suerte. Teodoro Dreiser firmó un largo artículo elogioso en La Nación; otros eminentes escritores siguieron su ejemplo, llamando la atención del público sobre la novela. Desde entonces su difusión ha ido en aumento de año en año. De vez en cuando algún conocido escritor trababa conocimiento con el libro, y sus elogios hacían que aumentase el número de lectores. La fama conquistada de este modo volvió a atravesar el Atlántico y los críticos ingleses empezaron a su vez a hablar de la novela. Me siento orgulloso de poder reconocer que debo el buen éxito de este libro, muy especialmente, a los elogios de mis colegas.

Esto es, poco más o menos, lo que pensaba escribir como prefacio. Pero me doy cuenta de que lo que hubiera querido decir sólo tenía interés, en el fondo, para mí. Por otra parte, me parecía difícil decir tantas cosas sin parecer que proclamaba que este libro debe ser considerado como una obra maestra. Yo no lo recuerdo en todos sus detalles, pero estoy seguro de que hay en él graves errores. Representa lo que yo era cuando escribí y me precio de haber llegado a ser mucho más cuerdo, más tolerante y más amable. Conozco bastante mejor la técnica de la novela y creo escribir con un estilo mucho más perfecto. Sin duda, al leer la novela encontraría mucho que cambiar y mucho que tachar. Mas, por suerte, el día antes de decidirme a escribir un prólogo, como Dios me diera a entender, recibía de América una carta que, a mi parecer, lo puede sustituir perfectamente. Hela aquí, omitiendo sólo el nombre del que la escribió:

«Apreciable mister Maugham:

»Soy un joven de dieciséis años y he leído varias de sus maravillosas y exquisitas obras. Si me sirvo de estos adjetivos no es para lisonjear su reconocido genio; no hago otra cosa que intentar describir sinceramente mis impresiones.

»Entre todas me ha parecido *Servidumbre humana* la más atrayente y la que ofrece más campo al pensamiento. Este libro me ha fascinado de tal manera que, cuando lo estaba leyendo, no veía el momento en que terminasen las horas de escuela para correr a casa y poder seguir atentamente todo cuanto se describe y se narra en él. He asimilado todo lo que un muchacho de mi edad puede asimilar, y también un poco más. Tan ensimismado estaba por la lectura que a veces me ha ocurrido no oír el aviso de que la comida estaba servida, o bien fingía no oírlo, por lo que mi madre se mostraba luego severa conmigo, a juzgar por el tono de su voz, que no hería físicamente, sino moralmente. Durante la lectura veía con entera claridad la vida desdichada de Philip, consecuencia de su deformidad, inferioridad e incapacidad para tratar con el sexo contrario. Cada vez que era infligida a Philip una mortificación yo sufría con él, compartiendo su dolor con profunda simpatía. Me refiero al episodio en que fue obligado a mostrar su pie deforme, y también a los muchos casos dolorosos que le sucedieron cuando se encontraba entre las garras de Mildred.

»Con la lectura de este libro he aprendido muchas cosas, enseñadas por un hábil maestro: ¡por usted! Además, el libro es de tal riqueza de lenguaje y posee tal cantidad de imágenes que he llegado a la conclusión de que no hubiera podido ser más cautivador ni más interesante. Pertenecesco a la masa de los que saben valorar esta obra maestra, como no dudo en clasificarla. Me percaté de que desflora casi todas las fases de la vida humana y sensual, y ésta es una de las principales razones por las que me gusta su libro. Y sé que me seguirá gustando hasta el final de la vida ignota que ante mí se abre.

»Comprendo que su tiempo es precioso y temo que esta carta sea para usted una molestia, cuando yo hubiera querido que fuese todo lo contrario.

»Su libro ha proporcionado a mi corazón un gran consuelo y, por lo tanto, deseo aprovechar esta ocasión para rogarle que acepte el sincero agradecimiento de X».

Aunque dos o tres frases de la anterior carta hieren mi modestia, no puedo abstenerme de publicarla tal como fue redactada, y ruego a los amables lectores que por nada del mundo crean que los elogios se me han subido a la cabeza.

WILLIAM SOMERSET MAUGHAM

I

El alba apuntó gris y oscura. Las nubes se apelotonaban en el cielo y la crudeza del aire anunciaba nieve. Una niñera entró en una estancia en la que dormía un niño y describió las cortinas de la ventana; dirigió una distraída mirada a la casa de enfrente, una casa revestida de estuco y provista de un soportal. A continuación se acercó a la cama del niño.

—Despierta, Philip —dijo.

Apartó las ropas del lecho, cogió al niño entre sus brazos y se lo llevó al piso de abajo. El niño continuaba medio dormido.

—Tu mamá te llama.

La niñera abrió la puerta de una habitación y avanzó con el niño hasta el lecho ocupado por una mujer: era la madre. Ésta tendió los brazos hacia el niño y el chiquillo se acurrucó junto a ella, sin preguntar por qué le habían despertado. La madre le besó en los ojos, y en sus frágiles manos sintió el calor del cuerpecito del niño a través de la camisa larga de franela. Lo estrechó contra sí.

—¿Duermes, tesoro? —le preguntó.

Su voz era tan débil que parecía venir de muy lejos. El niño no contestó, pero en sus labios apareció una sonrisa. Sintióse feliz en aquel gran lecho caliente, entre aquellos brazos que lo oprimían tierna y afectuosamente. Trató de hacerse aún más pequeño y dio a su madre un sonoro beso. Un momento después cerraba los ojos, quedándose dormido profundamente. El médico se acercó a la cama.

—¡Oh, no me lo quite todavía! —pidió la enferma.

Sin responder, el doctor la miró gravemente. La madre, que sabía que no le permitirían tenerlo más tiempo a su lado, le besó de nuevo; luego pasó la mano por todo el cuerpecito, hasta llegar a los pies; se apoderó del derecho y durante un instante palpó los cinco dedos; más tarde acarició lentamente el izquierdo. Comenzó a sollozar.

—¿Qué tiene usted? —preguntó el médico—. ¿Se siente usted cansada?

La madre, incapaz de pronunciar una palabra, movió la cabeza. Las lágrimas inundaron su rostro. El doctor se inclinó hacia ella.

—Permita usted que me lo lleve.

Demasiado débil para oponerse, la mujer obedeció. El médico entregó el niño a la niñera.

—Es mejor que se lo lleve usted a su cama.

—Sí, señor.

El niño, medio dormido, fue conducido a su lecho. Su madre sollozaba de un modo que partía el corazón.

—¡Pobrecito! ¿Qué será de él?

La enfermera intentó calmarla. Poco después el cansancio terminaba con el llanto de la madre. El doctor se acercó a una mesa donde, bajo la palangana vuelta hacia abajo, yacía el cuerpecito de un niño que había nacido muerto. El médico apartó la palangana para mirarlo. Un biombo separaba la mesita del lecho, pero la mujer adivinó lo que el doctor estaba haciendo.

—¿Era hembra o varón? —susurró a la enfermera.

—Otro varón.

La madre no respondió. Un momento después regresaba la niñera y se acercaba al lecho.

—No se ha desvelado —afirmó.

Hubo una pausa. El doctor tomaba una vez más el pulso a la enferma.

—Creo no poder hacer más por ahora. Volveré después del desayuno.

—Le acompaño, doctor —dijo la niñera.

Salieron en silencio. Ya en el vestíbulo, el médico se detuvo.

—¿Ha avisado usted al cuñado de mistress Carey?

—Sí, señor.

—¿Sabe usted a qué hora llegará?

—No, señor. Espero un telegrama.

—¿Y el niño? Creo que sería mejor llevárselo de aquí...

—Miss Walkins ha dicho que se lo llevará a su casa.

—¿Quién es?

—Su madrina, ¿cree usted, doctor, que mistress Carey...?

El doctor hizo un signo afirmativo con la cabeza.

II

Había transcurrido una semana. Philip se hallaba sentado en el suelo del salón de miss Walkins, en Onslow Gardens. Siendo hijo único, estaba habituado a jugar solo. La estancia aparecía llena de muebles macizos. Sobre el sofá había tres gruesos cojines y cada sillón tenía el suyo correspondiente. El niño se había apoderado de todos y con ayuda de las sillas doradas, ligeras y manejables, se construyó un refugio en el que podía permanecer oculto a los ojos de los pieles rojas que le espiaban desde sus tiendas. Aplicó su oreja a la alfombra y oyó las pisadas de los búfalos que corrían a través de las praderas. En aquel momento, al oír que la puerta se abría, contuvo la respiración para no ser sorprendido; pero una mano impaciente movió una silla y todos los cojines se vinieron al suelo.

—¡Muchacho! Miss Walkins se enfadará contigo.

—¡Ah, eres tú, Emma! —exclamó Philip.

La niñera se inclinó a besarlo. Luego recogió los cojines y los colocó en su sitio.

—¿Volvemos a casa? —preguntó el niño.

—Sí, he venido a buscarte.

—Llevas un vestido nuevo.

Corría el año de 1885 y la niñera iba compuesta como era costumbre entonces. Lucía un vestido de terciopelo negro con las mangas estrechas y los hombros caídos; la falda tenía tres volantes. El sombrero también era negro, con cintas de terciopelo. La niñera pareció dudar durante unos momentos. La pregunta que esperaba no venía; por lo tan-

to, no le era posible responder como estaba preparada a hacerlo.

—¿No me preguntas cómo está mamá? —acabó por decir.

—¡Ah, me había distraído! ¿Cómo está?

Por fin había llegado el momento.

—Mamá está perfectamente y es muy feliz.

—¡Oh, qué contento estoy!

—Se ha marchado. No la verás nunca más.

Philip no comprendió lo que aquello quería decir.

—¿Por qué?

—Tu mamá se ha ido al cielo.

La niñera rompió en sollozos, y Philip, sin saber por qué, la imitó. Emma era alta y huesuda, tenía los cabellos de color claro, y las facciones muy pronunciadas. Había nacido en el Devonshire, y, no obstante los muchos años que llevaba en Londres, no consiguió perder nunca su acento nativo. Conmovida por sus mismas lágrimas, apretaba al niño contra su corazón. ¡Pobre niño! ¡Privado del único afecto del mundo que no es egoísta! Le parecía una cosa atroz que el muchacho tuviera que ser confiado a manos extrañas. Poco a poco fue serenándose.

—Tu tío William te está esperando. Ve a despedirte de miss Walkins y luego nos iremos a casa.

—No quiero despedirme de ella —respondió Philip, deseando instintivamente esconder sus lágrimas.

—Muy bien. Entonces sube en busca de tu sombrero...

El niño obedeció, y cuando regresó con el sombrero encontró a Emma que le esperaba en el vestíbulo. En aquel instante oyó voces en el gabinete de la derecha del comedor y se detuvo. Sabía que miss Walkins y su hermana estaban hablando con sus amigos y pensó —tenía ya nueve años— que si entraba le compadecerían.

—Creo que voy a entrar a saludar a miss Walkins.

—Harías bien.

—Dile que voy a entrar.

Quería producir una buena impresión. Emma llamó y entró.

—Philip desea saludarla, miss Walkins —oyó decir el niño.

La conversación se interrumpió y el niño entró cojeando en el gabinete. Henrietta Walkins era una mujer gruesa, con el rostro encarnado y el cabello teñido. En aquella época, el hecho de teñirse el cabello era muy criticado, y Philip había oído muchos comentarios hostiles a propósito del cambio que se había operado en el color del cabello de su madrina. Miss Walkins vivía con una hermana mayor, la cual había aceptado serenamente la vejez. Dos señoras, a las que el niño no conocía, se encontraban también en el gabinete, haciendo una visita a las dueñas de la casa; mientras, contemplaban al muchacho con curiosidad.

—¡Pobre niño! —exclamó miss Walkins abriendo los brazos.

Y empezó a llorar. Philip comprendió entonces por qué su madrina no había aparecido por el comedor a la hora del almuerzo y por qué llevaba un vestido negro. Miss Walkins lo abrazó sin poder pronunciar una palabra.

—Me voy a casa —dijo al fin el muchacho.

Se libertó de los brazos de su madrina, la cual lo besó de nuevo. A continuación el niño se acercó a saludar a la hermana de su madrina. Una de las señoras que estaban de visita le preguntó si podía besarlo; el niño le contestó gravemente que sí. Saboreaba en lo más íntimo de su ser la sensación que producía sobre aquellas mujeres llorosas, y hubiera querido prolongarla, pero comprendió que estaban esperando que se marchara, pues Emma le aguardaba. Salió de la estancia. Emma había descendido a la planta baja y hablaba con una amiga. Tuvo que esperarla en el rellano de la escalera. Mientras aguardaba, oyó la voz de Henrietta Walkins:

—Su madre era mi mejor amiga. ¡No puedo hacerme a la idea de que ha muerto!